

UNA EXPERIENCIA INTENSA



Aitagracia y yo en el Retiro

Una experiencia intensa

Os voy a contar algo que pasó en mi casa. En mi casa solamente no, en mi casa y en mi vida. Para hacerlo con más precisión, en mi casa, en mi vida y en la de mis padres, Lola y Benito. Y para rematar: en mi casa, en mi vida, en la de mis padres Lola y Benito y en la de Altagracia, Grace o “Greis”.

Empezaré diciendo que Altagracia, Grace o Greis es la misma persona,

-es “tu cuidadora”, dice mi abuela Marifé,

-“la asistenta”, según mi abuelo Benito,

-“Grace (léase Gra-ce) es la chica”, explica mi padre solo al que le pregunta,

-“quien ayuda en la casa”, expone mi abuela Carmela,

-“es parte de la familia” o sin el parte, directamente, “es de la familia”, concluye mi madre, Manuela, Lola o Manolita, que la quiere con locura,

La familia al completo quiere mucho a Grace. Ella está aquí desde que yo soy yo y lleva conmigo el 90% de los días de mi vida. Esa marca es insuperable. Y tantos también como mi madre y mi padre llevan la tienda. Es más, tengo una foto con Grace que está dentro de mis preferidas y la pusimos en el salón. Estamos en el Parque del Retiro. Yo ya mediría unos 80cm y reposaba en la hierba como un cachorro. Ella comía una nube de azúcar rosa chicle con sus dedos largos.

Alguien nos hizo la foto. Salió estupenda. Los demás miembros de mi familia, con algo de envidia, dicen que es imposible que yo me acuerde de ese día, sin embargo, yo insisto en que lo recuerdo perfectamente.

Hecha la presentación correspondiente, pasaré a exponer mi experiencia más intensa, que de eso se trata este cuento, que continúa en el siguiente renglón.

Aquella tarde salimos del cole con la mochila dando botes, centrifugados como gotas de agua y con escolta, que es como me dice mi padre cuando voy a pedirle algo en compañía. Esta vez eran Daiana y Leo, desde hoy mismo en el cole, en mi clase y lo más importante, recién llegados desde la tierra de Grace, la República Dominicana.



Pero no era Grace quien estaba allí, sino mi madre. Sintién-dolo mucho por mis escoltas de la República Dominicana, no puedo decir que no me sobrevino una carga emotiva desme-surada al ver a mi madre con su abrigo, sus zapatos y su bolso cruzado.

Tenía los ojos picaruelos revoloteando a diestra y siniestra y la bolsa de la merienda en la mano. Estaba completamente feliz. Ella y yo. Felices como perdices.

—Mami, te presento a mis compis, empezaron hoy y vienen a mi clase.

Mi madre les dio un beso chillón a cada uno.

—¡Hola! —les dijo— soy Lola, su madre, ¿y vosotros?

Daiana y Leo se presentaron con un poco de vergüenza, pero se escabulleron de las preguntas porque una voz con las “a” muy abiertas y los “eo” muy cerrados desde la puerta del cole, los llamaba con insistencia.

—Vienen del país de Grace, de Dominicana —le expliqué a mi madre con conocimiento de causa.

—Pues cuando le toque a ella, se lo dices. Seguro que tam-bién quiere conocer a su madre.

—Es su abuela, mami.

—¿Su abuela? Si es muy joven...

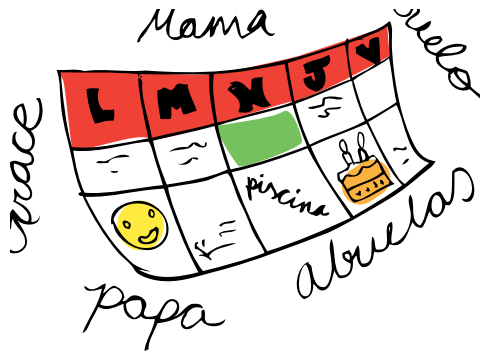
—Sí, es que su madre es interna, ellos están viviendo con su abuela.

—Pues eso, a Grace le encantará que les presentes a la familia de Daiana y de Leo.

—¡Hecho!, mañana mismo —respondí con alegría.

—Mañana viene papá —dijo mi madre y me miró con sus ojos picaruelos a diestra y hacia abajo esperando mi reacción.
—¿Papá? —pregunté yo con cara de “acá ocurre algo raro y quiero saberlo ya mismo”.

A partir de aquí, esta historia se fue abriendo como los cordones de nylon de los zapatos, en un plis. Pero no era algo molesto, al contrario, era tan bueno que no parecía real.



—¿Me estás diciendo que mañana viene papá a recogerme y el miércoles me llevas tú a la piscina y el jueves papá al cumpleaños de Chús? —pregunté con la sensación de “no puede estar pasando esto y me voy a despertar de un momento a otro”.

Mi madre asintió con la cabeza y me respondió:

—Yes.

Tuve un raptó de alegría..., pero inmediatamente me preocupé:

—¿Y Grace?

—Grace se quedará en la tienda, no te preocupes, vendrá los viernes a recogerte, y seguramente también los lunes —explicó mi madre haciendo cálculos mentales.

El plan era un festival, era maravillosamente bueno para ser verdadero y que funcionara. Pero era cierto y así quedó demostrado las semanas siguientes. La familia al completo estaba super a gusto y esta felicidad empezaba a dar envidia.



Tal es así que las abuelas pidieron también un día para recogerme, y se les asignó uno, pero mi padre dijo ya habrá tiempo en primavera, que el curso es largo y justo empezaba el frío.

Aunque, a veces, mi abuelo Benito se escapaba de las clases de pintura que tomaba en el centro cultural y se venía con quien le tocara: mi madre, mi padre, con Grace o con cualquiera de las otras abuelas.

Pero tanta felicidad se nos volvió en contra y sobrevino en mis notas en forma de aluvión de suspensos. Algo que nadie había notado en un principio y que yo tampoco me esforcé en remarcar dado el estado de felicidad de festival en el que vivíamos ahora, saltaba a la vista con luz. Luz roja.

Llevaba tantos años estudiando con Grace que no me organizaba ni con mi madre, ni con mi padre, ni conmigo. Y los lunes, si acaso nos daba tiempo de algo... Y los viernes eran viernes...

—Vamos, acaba de estudiar hoy y el domingo das un repasito.

—Pero Grace, no voy a hacer dos veces las mismas cosas...

—repetía yo con lógica aplastante.

—Claro que sí, ¿por qué no?

—Vale, y luego jugamos al tres en raya.

—Mejor al parchís —contestaba casi siempre Grace para quien el parchís era pan comido.

—Pero después tenemos que salir —decía yo deseando que llegara el momento del paseo.

Y es que los viernes yo acompañaba a Grace al locutorio, a llamar a sus hijas Fany y Margolit.

Ellas esperaban la llamada de su madre. Le contaban qué tal la semana, que básicamente era qué tal el colegio. Estaba claro que, para Grace, este era un asunto de máxima importancia.



Algunas veces yo también saludaba a las niñas, sobre todo hablaba con Margolit, que es simpática y muy graciosa. Y por esas llamadas y por conocer tan bien a la familia de Grace, logré el primer y tal vez el único sobresaliente de mi vida.

Fue a comienzos de este año. Era un trabajo sobre América. Yo preparé el Caribe. Grace me ayudó. Me contó sobre las ciudades donde vivían sus familiares, sobre sus costumbres, sus comidas, sus juegos... También me contó que allí las madres son muy jóvenes, como ella, y las abuelas también. Gracias a eso, muchas se vienen a trabajar aquí o a otros países que puede señalar sin problemas en el globo terráqueo. Con eso viven ellas y quienes se hayan quedado en Dominicana. Como me dijo Grace, son golondrinas, aves migratorias. ¡Y hasta ahorran!

Al menos Grace ahorra porque trabaja todo el día sin parar, excepto los domingos a la tarde. Cuando sale de casa, va a lo de la señora Carmen, una señora mayor que está malita. La cuida toda la noche y hace las tareas hasta las cuatro y media, que llega al barrio. Así todos los días. Y se queda hasta las ocho y media. Y otra vez lo mismo.



Antes estaba todo el día con la señora Carmen, pero ahora por las tardes van las nietas o el hijo. Entonces Grace pudo coger otro trabajo, ¡este! Y ese fue un gran cambio. Ella dice que la vida da muchas vueltas. También dice que no tiene miedo al futuro.

Eso, dice mi madre, es muy bueno. Pero la verdad es que ahora, yo sí que tengo miedo al futuro, de bastante a mucho.

Y es que por mucho que mi padre llevara la tienda, no había quien le entendiera cuando explicaba conocimiento del medio, lengua o mates. Por mucho que mi madre se esforzara en explicarme inglés, ella había aprendido de otra forma y nos poníamos de los nervios, no nos teníamos paciencia y antes de empezar ya me estaba regañando para que acabara. Además, nadie se reía tanto como Grace haciendo las tareas.

Mi abuela Marifé lo dijo muy clarito:

—Ha cogido vicio y ahora sólo se entiende con Grace.

El resto de la familia al completo se quedó en silencio aquel domingo catastrófico en el que yo y mi curso nos tambaleábamos en la cuerda floja.

—¿Y si Grace vuelve a ayudar con las tareas del colegio? —sugirió la abuela Carmela mientras le echaba azúcar al poleo.

—Mamá, el día de Grace tiene las mismas horas que el de cualquiera —dijo mi madre—, ella tiene dos trabajos. Y ahora también va a la tienda.

—Pues que deje de ir a la tienda —dijo mi abuelo Benito que siempre era muy resolutivo.

—Pero es que yo no quiero estar todas las tardes en la tienda —dijo mi madre—, si es que casi no conozco a nadie ni nada del cole.

—Yo también estoy a gusto con estos cambios —agregó mi padre.

—Pero además hay otra cosa —dijo mi madre—. Esta chica lleva con nosotros un porrón de años. Ella tiene que aprender a llevar una tienda, Grace es muy joven y volverá con sus hijas y su familia a Dominicana. Hemos pensado que la queremos ayudar a que se ponga un negocio.

—Esto sí que no me lo esperaba yo —mi abuela Marifé se agarró con pasión las medallas de la cadena—, no me digáis que se nos va...

—¿Y eso? —agregó mi abuela Carmela— y nosotras aquí tan tranquilas sin saber nada con el disgusto que tienen que estar pasando, ¿verdad Lola?

—Por eso —dijo mi padre—, queremos enseñarle a llevar una tienda, porque se le da muy bien, es tan buena con la gente, tan cariñosa.



—Y trabajadora —agregó el abuelo Benito— porque es muy trabajadora, mira que yo llevé la tienda casi cincuenta años y sé muy bien lo que digo.

—Ella tiene que aprender a tratar con los proveedores, tener rutinas de tienda, conservar las cosas, organizar las compras... y si se lo podemos dar —agregó mi madre que ya empezaba a llorar.

—Ella no se quiere perder nada —agregó mi abuelo Benito y hubo carcajada general en medio de la tristeza y preocupación.

Pero cuando terminó la gracia, nos quedamos en silencio, mirando el mantel. ¿Y el examen de mañana? El tema resurgió al rojo vivo, como mi expediente.

—¿Y si la llamamos y le preguntamos si puede venir? —dijo mi abuelo Benito.

—¿Hoy?, ¿ahora? No, no. Hoy tiene la tarde libre para hacer sus cosas. Es su único rato libre.

—¿Y cuáles son sus cosas, mami?, si sus hijas están lejos, esta familia está aquí reunida y la señora del centro los domingos se va a comer afuera con el hijo... —pregunté con celos.

—Mira que eres cotilla —agregó mi padre— sus cosas son sus cosas. Estará con sus amigas o con sus amigos.

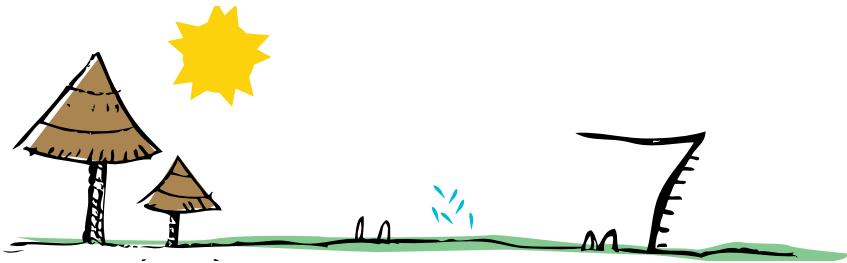
—O con su novio —dijo mi abuela Carmela.

—Eso, o con su novio... —agregó mi madre con la mirada perdida en las bolitas de miga de pan que ya estaban negras de tanto vaivén—, la echaremos de menos cuando “se devuelva”, como ella dice.

Y ahí sí cayeron lágrimas torrenciales en el salón.



Pasados unos 6 meses, con el curso ya acabado y en plena piscinada, Grace hizo las maletas y se marchó. En esa época en casa se lloró mucho, y como hacía calor y mi abuela Marifé no llevaba mangas largas, nos trajimos de la tienda una caja de pañuelos de esas que salen como servilletas. Mi madre, la que más. Y yo también.



Por cierto (1), pasé el año y los suspensos de matemáticas, inglés, lengua y cono se fueron borrando de mis notas. Lentamente, pero desaparecieron. Mi madre y mi padre hicieron un gran esfuerzo, pidieron cita con cada profesor o profesora según el día que les tocara ir a recogerme y preguntaron cómo ayudarme. Fue un proceso largo y en la familia aprendimos al completo. Pero lo conseguimos y eso anima. De bastante a mucho.

Por cierto (2): en el salón de mi casa, mi padre ha colgado un marco con una fotografía de Fany y de Margolit, felices y sonrientes como yo aquella tarde en el Parque del Retiro, pero en Tamayo, la ciudad donde viven en Dominicana. Ya les conté que puedo localizarla en el mapa casi sin mirar. Pero lo mejor de todo, y lo más importante, es que Grace nos escribió una carta:

Querida familia:

ni se imaginan la alegría que fue para mí recontrarme con mis hijas y mi madre. Fue tanta emoción, que hubiera necesitado todos los pañuelos de la tienda y más.

Nos abrazamos un buen rato, las niñas habían crecido mucho. Fany ya me llega a los hombros, y eso que yo soy alta. Parece que ha salido a mí.

Margolit, en cambio, es más pequeña, pero sigue tan graciosa como siempre. Me vio y dijo:

—¿Para qué voy a llorar si ahora te quedas con nosotras?

Y se puso a saltar como un resorte.

Mi madre está más mayor, pero las niñas la mantienen super activa. Ahora estamos acostumbrándonos a estar juntas las cuatro otra vez. Nos cuesta pensar que va a ser siempre así. Ellas aún se sienten raras.

Ya he mirado locales para poner el negocio. Hay muchos, pero están caros. Lo haré con calma, como me sugirió el señor Benito. Y sé que las cosas van a estar bien, como siempre me decía Lola.

Extraño mucho, sobre todo a ti... A veces me imagino que te cuento cosas. O tú a mí.

Ya nos volveremos a ver, me lo ha prometido tu madre, apenas puedan vendrán a conocer Dominicana.

Con un abrazo fuerte, inmenso, y un beso más fuerte aún, los despide con mucha felicidad.

Grace



Pautas teóricas para el profesorado 2º ciclo de Educación Primaria

Una experiencia intensa – Altagracia, Greis o Grace

Además de cuidar a la señora Carmen, Altagracia lleva años yendo a buscar al colegio al protagonista de este cuento. Pero, de repente, todo ha cambiado. Ahora son su padre y su madre, y hasta sus abuelas, quienes lo hacen. Es agradable y todos son felices por poder participar, hasta que llegan los suspensos: nadie ayuda a estudiar como Altagracia. ¿Por qué no volver a la situación anterior? Por que Altagracia debe volver a la República Dominicana con sus hijas, y todos deben empezar a acostumbrarse a la nueva y feliz realidad.

Algunas ideas sobre las que podemos reflexionar tras la lectura del cuento:

- **Los Trabajos de Cuidados suponen el 65% del trabajo total que se realiza en una sociedad** y son imprescindibles para la sostenibilidad material y afectiva de la misma. A pesar de su poca visibilidad y valoración, sin ellos, no podríamos realizar otras tareas como el trabajo remunerado, la participación política, la formación académica o la creación artística.
- Tras la incorporación de las mujeres a los trabajos remunerados fuera del hogar y, ya que los hombres y otras instituciones sociales, como las empresas o las administraciones, no se han hecho cargo del trabajo que ellas dejaban de hacer, cada vez tenemos menos tiempo para dedicarlo a estas tareas de cuidados tan importantes. Es lo que se conoce como **Crisis de Cuidados**.
- **Todas las personas tenemos derecho a cuidarnos, a cuidar y a ser cuidadas**, pero el reparto de estas tareas debe ser equilibrado para que todos y todas podamos desarrollarnos plenamente y ser felices. Este reparto equilibrado, en el que hombres, mujeres, empresas y administraciones se hacen cargo por igual del trabajo de cuidados, se conoce como corresponsabilidad.

Propuestas para seguir reflexionando sobre estos temas

- **Con mucho cuidado**

Ahora que hemos leído los dos cuentos, vamos a repasar todos los personajes y a preguntarnos qué cuidados necesitan. También analizaremos a quién cuidan y si tienen tiempo de cuidarse a sí mismos.

	¿Qué cuidados necesita?	¿Qué cuidados presta?	¿Cómo se cuida?
Altagracia			
Sra. Carmen			
Hijo Sra. Carmen			
Nietas Sra. Carmen			
Protagonista 2ª historia			
Lola			
Abuelos			
Fany y Margolit			
Madre de Altagracia			

Finalmente, reflexionaremos en grupo: ¿Hay alguna persona que sea totalmente independiente, es decir, que no necesite ningún cuidado? ¿Hay alguien que sea totalmente dependiente y no pueda brindar ningún cuidado? ¿Quién realiza más trabajo de cuidados? ¿Te parece un buen reparto del trabajo? ¿Quién debería colaborar más? ¿Cómo podría hacerlo?

- **El iceberg de los cuidados.**

Una de las formas de representar la poca visibilidad de los cuidados es a través de la imagen de un iceberg. Arriba se situarían los trabajos que se dan en el ámbito público y, en la parte sumergida, los cuidados que sostienen la vida cotidiana. Con la participación de todo el grupo vamos a construir un iceberg en el que representen todas las actividades humanas. Para ello, haremos una primera lluvia de ideas en las que identificaremos **trabajos productivos y trabajos de cuidados**. Después, recortaremos de revistas imágenes que representen estos trabajos y realizaremos un gran collage, situando unos arriba y otros abajo y explicando el motivo de dicha separación. Tras la elaboración del iceberg, reflexionaremos sobre la importancia de cada trabajo, las personas que lo realizan con mayor frecuencia y la valoración que suelen recibir.